

Mi amor
de
Wattpad

ARIANA
GODOY

ÍNDICE

- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
- [Capítulo 26](#)
- [Capítulo 27](#)
- [Capítulo 28](#)
- [Capítulo 29](#)
- [Capítulo 30](#)
- [Capítulo 31](#)
- [Capítulo 32](#)
- [Capítulo 33](#)

[Créditos](#)

[Capítulo adicional](#)

[Acerca de la autora](#)

[Legal](#)

CAPÍTULO



Cuatro palabras.

Es increíble cómo cuatro palabras pueden cambiar tu vida para siempre.

Frases como «te amo de verdad» o «creo que me gustas» son tan poderosas y fuertes que logran endulzarte el corazón en cuestión de segundos; pueden llevarte a la felicidad. Pero no fue una frase de ese tipo la que me cambió la vida. Fue una mucho más simple, que jamás esperé leer.

Era más de media noche. Estaba navegando en internet como todos los sábados por la noche. Después de terminar un tazón de helado estaba hiperactiva y no podía dormir. Supongo que el azúcar que corría por mi sistema no era de mucha ayuda. Estaba en la cama, acostada boca abajo, con la mirada fija en la pantalla de la *laptop*. Buscaba historias que leer: se me habían acabado los libros, así que decidí darles una oportunidad a esos ejemplares electrónicos de los que tanto había oído hablar. La mayoría de los sitios web ofrecían varios que eran costosos, y hubiera pagado por algunos que me interesaban si no fuera porque, pues, tengo diecisiete años.

Apenas si me alcanza para el almuerzo escolar. Además, esos sitios pedían pago con tarjeta de crédito, y yo estoy lejos de tener una propia.

Suspiré frustrada. Estaba a punto de darme por vencida, cuando vi un icono naranja que anunciaba algo «gratis». Di clic en él y el navegador me llevó a la tierra soñada: Wa-

tpad. Abrí los ojos como platos al leer el lema del sitio web: «Enriquecemos vidas a través de las historias». Al ir desplazándome por la página, muchos títulos me llamaron la atención. Era difícil creer que podía leer todas esas increíbles historias sin tener que pagar. Mi corazón empezó a latir con fuerza. Quería leerlas cuanto antes.

Durante los primeros días fui una lectora silenciosa. No tenía cuenta aún, por lo que simplemente disfrutaba las historias que me interesaban.

Pero al poco tiempo, sentí la necesidad de apoyar a los escritores que dedicaban horas a hacer esos libros, así que abrí una cuenta, seguí a varios autores, y comenté sus historias para mostrarles mi respaldo.

Un mes después, ya era adicta. Revisaba Wattpad tres veces al día para ver si había alguna actualización de las historias que seguía.

—¿Me estás oyendo? —me preguntó Laura, mi mejor amiga, cuando íbamos de camino a la escuela.

—¿Qué? —pregunté y cerré la *app* de Wattpad en mi celular.

—Nunca me escuchas, Julie. Ya me estoy hartando —se quejó y apretó el paso, dejándome atrás.

—¡Espera, Lau! —le grité y corrí tras ella.

No podía evitarlo. Wattpad se había convertido en mi placer culposo.

Intentaba equilibrar las cosas pasando tiempo con mis amigos y dedicando ciertos ratos a Wattpad, pero era difícil. Después de unas semanas, por fin encontré el balance ideal. Siempre que estaba con mis amigos evitaba sacar el celular del bolsillo porque, si lo hacía, sucumbiría a la necesidad de revisar Wattpad.

En fin, volviendo a aquellas cuatro palabras que me cambiaron la vida: todo empezó una tarde, después de llegar a casa de la escuela. Encendí la *laptop* y de inmediato entré a mi cuenta de Wattpad; fue entonces que cierta fra-

se llamó mi atención: «Comparte tu propia historia». Cuatro palabras, veinticuatro letras.

Siempre me había gustado escribir. Tenía unos cuantos cuentos inconclusos en mi *laptop*, pero no había tenido el valor para terminarlos.

Quizá era flojera o quizá creía que nadie los leería. Me tomó unos cuantos días decidir si los subiría o no a la página, pero una noche me animé y subí mi primera historia. Decir que estaba nerviosa habría sido un eufemismo; estaba aterrada. Luego empecé a revisar el celular cada cinco minutos para ver si había recibido algún comentario o algo así.

Tras dos días de agonía, el celular vibró en mi bolsillo. Era un correo electrónico de Wattpad: «Tu historia recibió un comentario». Se me detuvo el corazón. Di *clic* en el vínculo y leí: «Me encanta. ¡Deberías escribir más! ¡Sube más, pronto!». Casi brinco de la alegría. ¡A alguien le había gustado mi historia! ¡Alguien la había leído y la había disfrutado!

Sonreí de oreja a oreja mientras contestaba y le agradecía a mi primera lectora su lindo comentario.

Así fue como empezó todo. Esas cuatro palabras me engancharon en algo de lo que me enamoré. Fui subiendo capítulo por capítulo y ganando más seguidores y haciendo nuevos amigos en el proceso. Lo que más disfrutaba de Wattpad era que me permitía conocer gente de los lugares más recónditos del mundo. Pero luego ocurrió otra cosa. Una noche estaba recostada cómodamente en mi cama y leyendo en mi celular cuando vibró para anunciarme que había recibido un correo. Lo abrí.

«Poeta_oscuro001 te envió un mensaje».

«¡Qué curioso nombre de usuario!», pensé con una sonrisa. Estaba de muy buen humor ese día. Di *clic* en el vínculo que me llevó al mensaje en mi buzón y fruncí el ceño al leerlo: «Tu historia es demasiado femenina, ¿no crees? No

me parece buena. No entiendo por qué es tan famosa. El argumento ni siquiera es original».

Se me paralizó el dedo sobre la pantalla del celular. Mi buen humor se había ido al caño. Esas palabras me dolieron en el alma. Estaba devastada.

En los dos meses que llevaba en Watsapp nunca había recibido un mensaje tan negativo. Según yo, el sitio web promovía un ambiente amigable, aunque era un hecho que había gente que no sabía ser amable. Me metí al perfil de la persona que me envió el mensaje y fruncí el ceño aún más.

Era un chico. No era muy común encontrar hombres en esta plataforma. Leí su perfil en silencio.

Usuario: Poeta_oscuro001

Nombre: ¿Qué te importa, chismosa?

Ubicación: Lee la respuesta anterior.

Género: M

Idioma: Español

Miembro desde: Diciembre de 2010

Votos recibidos: 10 859

Había subido dos cuentos y una colección de poemas enigmáticos. La categoría «Acercade mí» estaba vacía. No había escrito nada más sobre sí mismo. Su fotografía de perfil estaba en blanco, literalmente. Hice un esfuerzo por no llenar su muro de insultos, pues no serviría de nada.

Tendría que demostrarle que yo era más madura y civilizada que él. Con calma tecleé el mensaje que quería enviarle.

Hola, Poeta Oscuro.

Entiendo que no te haya gustado mi historia, pero no tenías por qué ser tan grosero.

Abrazos

Jules

Presioné el botón de «enviar», pero no tuve tiempo ni de respirar antes de que el teléfono vibrara para anunciar

que ya me había contestado. ¿En serio? ¡Este tipo sí que era rápido! Entrecerré los ojos al ver su respuesta.

@Poeta_oscuro001: ¿Toqué una fibra sensible? ;)

Me mordí el labio, furiosa, y presioné de inmediato la opción «contestar».

@SuperJules: Sólo digo que no tenías por qué ser tan grosero. Si no te gustan mis historias, no las leas. Ahórrate tus comentarios hostiles.

Después de unos minutos, recibí su respuesta.

Él: Bájale al drama, niñita. Este no es uno de tus cuentos, es la vida real ;p

Y así, amigos míos, fue como comenzó una discusión de dimensiones épicas.

Yo: Primero que nada, no me llames «niñita»; no te conozco. En segundo lugar, no estoy siendo dramática. No perderías nada si fueras más amable.

Él: ¿Por qué querría ser amable contigo?

No te conozco.

Yo: Exacto: no me conoces. Así que no tienes razones para ser grosero conmigo.

Él: Da igual, niñita.

Yo: No me llames así.

Él: Va con tu personalidad.

Yo: ¡Claro que no! Sólo te digo que seas más amable la próxima vez que quieras dar tu opinión sobre una historia.

Él: ¡Ay! ¿Herí tus sentimientos?

Yo: Sí.

Por un momento creí que se iba a disculpar. ¡Qué tonta fui!

Él: ¿Quieres llorar sobre mi hombro, niñita? ;)

Yo: ¿No puedes simplemente disculparte?

Él: No.

Yo: Me rindo. Ya no quiero hablar contigo.

Él: Me estás rompiendo el corazón, niñita.

¿No te das cuenta?

Yo: ¡Cállate! Tu sarcasmo no ayuda.

Él: Yo creo que sí ;)

Yo: ¿Por qué me molestas tanto?

Él: Porque...

Yo: ¿«Porque...»?

Él: Porque sí :)

Yo: Ya no me hables.

Él: Tú fuiste la que entró a mi muro. Lárgate, acosadora.

Yo: No entré para acosarte. Entré para intentar llegar a un acuerdo. Me gustaría que entendieras que tus mensajes groseros lastiman a la gente.

Él: Bla bla bla.

Yo: Eres un...

Él: ¿No se te ocurre ningún insulto, Señorita Fresita?

Yo: ¿Fresita? ¿Qué diablos?

Él: Sí, eres una fresa y tus historias son de lo más rosas.

Yo: Qué perverso.

Él: Gracias ;)

Yo: No fue un cumplido.

Él: Yo digo que sí ;)

Yo: Agh. Adiós.

Él: ¡Anda! ¡Lárgate! Estás manchando mi muro con tus dedos rosas y tu apestoso olor a fresa.

Me salí de su muro furiosa. ¿Qué le pasaba a ese tipo? No tenía modales ni respeto por los demás. Sentía que el corazón se me salía de la desesperación. Hundí la cara en la almohada y gruñí de la rabia. Me había sacado de quicio. ¿Cómo podía alguien ser tan grosero?

El teléfono vibró, pero tardé un instante en mirar la pantalla. Tenía un nuevo correo. «Poeta_oscuro001 te envió un mensaje privado».

¿Me había enviado un mensaje privado? Qué osado. Fruncí el ceño al leerlo: «Fue un placer hablar contigo, Señorita Fresita. Esto no se ha terminado :)».

Cerré los puños con fuerza. Ya veríamos quién reiría al último.

CAPÍTULO



—Julie.

Un ligero susurró me despertó. Abrí los ojos despacio. Vi borroso durante algunos segundos, pero al poco tiempo mi mirada se ajustó al entorno. Lo primero que vi fue mi cama, que estaba a unos cuantos metros. Las sábanas moradas estaban en su lugar.

Un momento: si mi cama estaba tan lejos, ¿dónde estaba durmiendo?

Sentí una punzada de dolor en el cuello, como si mi cuerpo hubiera querido contestar esa pregunta. Entonces me di cuenta de que estaba sentada en el escritorio con la cabeza apoyada en la *laptop*. Tenía la cara pegada al teclado. Me ardía la mejilla y estaba segura de que tenía los cuadrados de las teclas marcados en la piel.

—¡Ay! —exclamé mientras me sobaba el cuello. No tenía idea de cómo había logrado dormirme en esa posición tan incómoda. Ni siquiera recordaba haberme quedado dormida. Mi cuarto apenas si estaba iluminado por la lamparita de la mesa de noche.

—Julie —repitió la misma voz. Miré a mi alrededor, pero el cuarto estaba vacío. Fruncí el ceño. «¡Qué diablos!»—. Julie —dijo la voz con más urgencia. Yo seguía medio dormida. Me puse de pie y caminé como zombi hacia la ventana. Vivía en una casa de dos pisos, y mi habitación estaba en el piso superior. Era noche de luna llena—. ¡Julie!

Me asomé, pero no había nadie, así que levanté la mirada al cielo.

—¿Dios? —pregunté, asustada. Pero entonces una piedra voladora me dio en la frente—. ¡Ay!

—¡Despierta, demonios! —Me llevé la mano a la frente y miré hacia el jardín, con el ceño fruncido.

—¿Jason? —pregunté en tono de reproche. Mi mejor amigo desde el kínder estaba parado atrás de un arbusto del jardín de flores de mi madre—. ¿Qué te pasa? ¡Me pegaste! —gimoteé mientras me sobaba la frente.

—Lánzame una sábana. Necesito hablar contigo. —Jason solía meterse a escondidas a mi casa. Yo le lanzaba una sábana por la ventana, y él escalaba como mono. En realidad, mi ventana no estaba tan alta.

—¿Qué? ¿Estás loco? Es... —Me quedé callada. No sabía qué hora era—. Es tarde —concluí sin convicción.

—Es una emergencia.

—¿Qué clase de emergencia?

—Clase Y.

Abrí los ojos como platos. Jason y yo habíamos creado un código de clases de emergencias que iban de la V a la Z. Créanme: la Y era muy grave. Busqué bajo la cama la sábana previamente enroscada que solía lanzar por la ventana. En cuestión de segundos, Jason entró de un brinco al cuarto. Tenía el cabello castaño despeinado, como si se lo hubiera estado peinando con los dedos.

—¿Qué pasó?

—Necesito un condón.

Su franqueza me dejó boquiabierta.

—¿Qué? ¿Es en serio? —pregunté, exaltada.

—¡Es una emergencia! —exclamó con ojos suplicantes.

—¡Esa no es una emergencia! Cómprate tus propios condones, golfo.

—Le di un manotazo en el hombro.

—¡Por favor, Jules! ¡Te lo ruego!

—No.

—¡Ándale! Ni que fueras a usarlos pronto.

—¡Lárgate! —afirmé y lo empujé hacia la ventana.

—La farmacia está cerrada. Y sabes que no hay otro lugar en donde pueda conseguir condones a esta hora. ¡Por favor!

Sabía que estaba siendo honesto. Había una sola farmacia en todo el pueblo, así que suspiré, derrotada, caminé hacia mi vestidor y saqué unos condones. Aunque era virgen, eso no significaba que no debía estar preparada. Además, mi madre era doctora. Cuando tuvo «la charla» conmigo, se aseguró de proporcionarme grandes cantidades de condones.

Le lancé a Jason una tira entera con brusquedad. Él la atrapó en el aire y me sonrió.

—Deja de usar el código de emergencia para este tipo de tonterías —dije y crucé los brazos. Jason me tomó de la barbilla y me dio un beso en la frente.

—Te adoro. Eres la mejor amiga del mundo. —Después de eso, salió por la ventana. Bostecé y me metí a la cama. Mi celular estaba bajo la almohada; lo tomé y revisé mi correo electrónico. No me había tomado la molestia de contestarle al chico grosero de Wattpad. Estaba muy ocupada escribiendo un capítulo más de una de mis historias cuando me quedé dormida. Y ya eran las 2:30 de la mañana. «Cielos, debería dormirme».

Pero me ganó la curiosidad y me metí a su perfil. Su última hora de conexión era de hacía veintiocho minutos. Me ardí al leer su última actualización: «Estoy limpiando mi muro. Tenía huellas digitales rosas por todas partes. ¡Asco!».

¡No podía ser! ¿Qué diablos le pasaba? ¿No podía olvidarlo ya? Entré a mi bandeja de mensajes privados para leer el mensaje que me había enviado. A toda prisa comencé a contestarle.



INBOX

@SuperJules: Ya olvídalo, ¿no?

Presioné el botón de «enviar» y me sobresalté cuando mi celular vibró casi de inmediato. ¡Sí que era rápido para contestar!

@Poeta_oscuro001: No.

Yo: ¿Cuál es tu problema?

Él: Tú eres mi problema.

Yo: ¿Por?

Él: Porque sí.

Gruñí de frustración y estaba a punto de contestar, cuando él me envió otro mensaje.

Él: ¿Qué haces?

Yo: No es de tu incumbencia.

Él: Ya es tarde en donde vives.

Yo: ¿Cómo sabes?

Él: Pusiste tu ubicación en tu perfil. Creo que no eres muy lista, ¿verdad?

Yo: ¡Leíste mi información!

Él: Técnicamente, tú lo hiciste primero. Tú te metiste a mi perfil y me escribiste primero.

Yo: No. Tú me escribiste primero.

Él: Da igual. Sigues sin contestar mi pregunta.

Yo: ¿Por qué quieres saber qué estoy haciendo?

Él: Curiosidad.

Yo: Tarado.

Él: Señorita Fresita.

Yo: Deja de decirme así.

Él: Oblígame.

Yo: Eres un troglodita.

Él: ¡Gracias! ;)

Yo: ¡Agh! No fue un cumplido.

Él: Lo sé. Entonces, ¿estás haciendo algo indebido?

>=)

Yo: ¿A qué te refieres?

Él: Si no me cuentas lo que estás haciendo, empezaré a suponer cosas.

Yo: ¿Qué cosas?

Él: ¿Estás viendo porno?

Yo: ¡No! ¿Qué te crees?

Él: Entonces, ¿qué haces? Son las 2:54 a.m. en donde vives.

Yo: Estaba... ayudando a alguien.

Él: ¿A esta hora?

Yo: Sí.

Él: ¿Era hombre o mujer?

Yo: ¿Qué te importa?

Él: ;)

La curiosidad me corría por las venas, así que decidí preguntarle algo.

Yo: ¿Cómo te llamas?

Él: Poeta_oscuro001 ;)

Yo: Me refiero a cómo te llamas en la vida real.

Él: ¿Para qué quieres saberlo, Señorita Fresita?

Yo: ¡Demonios! ¡Deja de llamarme así!

Él: ¿O qué? ¿Me abrazarás hasta asfixiarme y me lanzarás tartas de fresa? ;)

Yo: ¡Eres insufrible!

Él: Lo sé ;)

Yo: Ya me voy. No sé por qué pierdo mi tiempo hablando contigo.

Él: Eso dolió.

Yo: Sí, claro. Adiós.

Antes de que pudiera guardar el celular, recibí un último mensaje.

Él: Me llamo Evan :) Descansa, dulce Jules.

CAPÍTULO



—¡Julie Ann Jones!

Desperté con un grito. La voz enojada de mi mamá tenía la capacidad de despertarme en un segundo. La luz del sol entraba por la ventana. «¡Diablos!». Seguro ya iba tarde a la escuela. Escuché los pasos de mi mamá subiendo las escaleras e intenté levantarme torpemente de la cama. Palabra clave: «intenté». Las piernas se me enredaron en las sábanas y terminé cayendo de boca. Por fortuna tengo buenos reflejos, porque si no, no hubiera metido las manos primero y mi cara habría chocado contra el suelo. Intenté levantarme, pero las estúpidas sábanas no me soltaban las piernas.

La puerta se abrió de golpe, y apareció ella, Carla Jones, mi dulce madre. Aunque quizá «dulce» no era el adjetivo que mejor la definía en ese momento.

—Hola —dije con voz temblorosa.

Ella cruzó los brazos frente al pecho y me lanzó una mirada de desaprobación.

—¿Podrías explicarme por qué mi hija sigue en la cama un lunes por la mañana?

—Técnicamente no estoy en la cama —dije y señalé el suelo.

—Qué graciosa. —Fingió una risa—. Más te vale que estés lista en cinco minutos, Julie. No permitiré que llegues tarde a la escuela.

—¿Cinco minutos? —gimoteé.